



Todo surge, todo brota en este tiempo. Cada uno florece como Dios le da á entender. Donde menos se piensa salta un inglés. El más duro recibe un pechazo. En una nariz sale un grano, ejemplo: la de Zeballos con el Brasil; en otra salen cien diviesos, ejemplo: Bibiloni y los profesores. Surge una huelga en los inquilinatos, y un conflicto en Catamarca; está Corrientes en erupción, y aquí, donde había una Oca, aparece un plantío de avellanos; echan flores y frutos los femeninos sombreros de paja; echan pestes los ciudadanos contra el presidente; y Figueroa Alcorta echa remiendos á un poncho roto por todos lados á fuerza de pisárselo.

El presidente se ha hecho vegetariano. Odia á la zoología, á Albarracín, á las carnes blancas y á todo lo semoviente.

Por eso se fué Lobos, era vivo como un zorro y enseñaba los dientes; ese gesto exasperaba á Figueroa, que está echando la muela del juicio. Soltó los perros á Lobos, y puso á Iriondo para cuidar la hacienda.

A Montes de Oca le dió por cantar con voz de pato. Parecía un gramófono de lustrador; cuando el presidente le daba cuerda en el interior, el ministro cantaba la letanía. Un día le cambiaron el disco y soltó un gato con relaciones clandestinas. El disco se volvió galleta.

Y ésta se la tragó Avellaneda.

El pobre Don Marco, desde su desventura ó aventura presidencial estaba arribado como mueble en desván. Soñó con una banda bordada, y no le dieron ni una banda lisa. ¡Pobre candidato!

Es un cuadro sin lámina, es un *pass-partout* sin figura; es un marco vacío. ¿Qué hará Figueroa con esa moldura? La enviará al cambalache con el retrato de Zeballos á ver si tiene salida.

Don Marco ha probado que es un ángel. Después de lo que le jugaron cuando la elección de Quintana, todavía se le anima al ministerio. Entonces Roca se le dió con zapallo, ahora Figueroa se la da con batata. Como es hombre de gustos sencillos la toma hasta cuando se la dan con queso. Entra con todas como la romana del diablo.

Lo que no sospecha el buen señor es la que le espera en su ministerio del Interior. Don Marco metido á revolucionario tiene más gracia que un *gratia plena*, y sus disposiciones para pacificar á los mitristas en Corrientes van á tener que ver más que el museo de ex-ministros de Figueroa.

Porque, no hay que darle vuelta al queso. Para ser algo en este gobierno, hay que tener un poquito de matón. Al presidente le ha dado por hacerse el malo y le pasa como al loro del parque, que desde el 90 no sabe decir más que *pum-pum*. En cuanto el vice porteño se alió con el vice correntino se pusieron los dos

más bravos que el sacristán de "La Marsellesa", que no quería sino "sangre y exterminio", á todo pasto.

La única ventaja que don Marco aporta á la situación es la entrada de todo su contingente político en la legión presidencial. Ahora la mitad de los que votaron su candidatura presidencial apoyarán su gestión en el ministerio, y algo se gana. Es verdad que entonces tuvo dos votos: el suyo y otro; y ahora le faltará el otro.

Y luego dirán que no es vivo don Pepe. Se atrae un buen elemento, le obliga á cargar con el sambenito que no quiso endosar Montes de Oca, deja su política sin definir como estaba antes, y pone otro remiendo al ministerio.

La verdad es que la política de don Pepe es un bazar con juguetes de sorpresa. El hombre nos ha resultado un prestidigitador, y maneja los cubiletes bastante bien. Lo malo es que á lo mejor descubre el truc, y que aunque hay muchas trampas en la escena y fuera de ella no están bien disimuladas.

Cuando uno está más desencinado sale un autonomista por escotillón, un momento después salta por el foro un radical, á lo mejor se encuentra en el bombo una mitrista, y no hay que decir cuanto figura ha ido al foso, ni se sabe los que están preparados para caer desde las bambalinas.

—¿Qué tal le parece el juego?—preguntaba Figueroa á Zeballos el día que se fué Montes de Oca.

—Me parece un juego de aguas ser-

vidas.

—Vd. todo lo ve húmedo.

—¿Qué quiere, presidente! El tiempo está metido en agua y yo tengo la barba en remojo.

—¿Dónde vamos?—preguntó don Marco, después de jurar.

—Vamos á lo de Martínez, esquina de Corrientes y Reconquista.

—Allí encontraremos Resistencia.

—Claro, como que estaremos en plena revolución,—contestó S. E.

Y, la verdad es que para este cambio de ministros, Figueroa ha tenido que liarse el poncho á la cabeza. Y así no hay miedo de que lo conozcan por las tiras; pero le sacarán por los remiendos.

El poncho de Figueroa parece un jardín de flores todo lleno de remiendos de diferentes colores.

Y así es la política, como suya.

CRISPO SALUSTIO.

